

SERMON TRIGÉSIMO.

Por qué es la doctrina católica la única que ha fundado una sociedad intelectual pública.

MONSEÑOR (1):

Señores:

Es sin duda un espectáculo maravilloso el de la division de los entendimientos en la tierra, y los esfuerzos inauditos tentados por el hombre para destruirla, sin que jamás haya podido conseguir la obra de la unidad otra doctrina que la católica. De aquí solo, y sin ir mas lejos, tendríamos derecho para deducir que la doctrina católica posee una fuerza sobrehumana, pues que ha hecho lo que ninguna otra doctrina ha conseguido realizar. Y seguramente que nada ha faltado á estas doctrinas, ni genio, ni ciencia, ni potestad pública, ni el prestigio de tantas cosas como se reunen bajo el hombre para elevarle sobre sí mismo, á la manera que se ven en el mar frágiles embarcaciones levantadas por las olas que se forman un deber de obedecernos y conducirnos pronto y alto. ¿En qué consiste, pues, que no han triunfado con todo los medios humanos que dan el triunfo? ¿Y en qué consiste que ha triunfado la doctrina católica, combatida largo tiempo y en diferentes veces por todos estos medios conjurados contra ella? ¿No será porque tiene recursos de que no goza otra doctrina? y siendo así que las demás doctrinas tienen en su poder todos los recursos humanos, ¿no será porque la doctrina católica tiene en su poder algo que no es humano, algo que no proviene de aquí bajo, sino que cae de lo alto? La conclusion es manifiesta.

No obstante, detenerse aquí seria detenerse en la superficie de la verdad. Cuando se tienen á la vista fundaciones que llaman la curiosidad del observador, es faltar á la ciencia pasar cerca de ellas sin dirigirles mas que una simple mirada. Profundicemos, Señores,

(1) Monseñor Affre, arzobispo de Paris.

ahondemos en la roca de la unidad católica; el edificio exterior nos ha llamado la atencion por su elevacion y su singularidad; hase elevado ante nosotros como una pirámide única en la arena movediza del mundo; pero yo me persuado que descendiendo á su base, separando el polvo donde yace ó estriba su cimiento, se os aparecerá un espectáculo aun mayor, una luz que brotará del cimiento á la cima, y que será digna, satisfaciendo vuestra inteligencia, de recompensar vuestra atencion.

Comenzaré, pues, con esta esperanza.

La primera explicacion del privilegio católico de la unidad, la que se presenta primeramente como muy plausible y muy sencilla, es esta: La doctrina católica es la única que ha fundado la unidad pública de los entendimientos, porque ella sola posee la verdad. Siendo la verdad el bien de la inteligencia, es natural que sea grande su imperio, y que su aparicion en medio de nuestras luchas de pensamientos haga el efecto de un soberano que se nos presenta, nos detiene, nos doma, nos calma y nos funda á todos en un solo entendimiento.

Esta explicacion parece tan sencilla como eficaz, y no obstante no carece de dificultad. Primeramente no es exacto decir que la doctrina católica posee sola la verdad, ó, en otros términos, un conjunto razonable de ideas sobre el principio, el fin y la funcion de la vida. El deísmo, tal cual se formularia hoy dia, ¿no podria reclamar esta ventaja? El deísmo afirma que existe un Dios único, cuya potestad, sabiduría y bondad son infinitas; que ha hecho el mundo y el hombre en particular; que el hombre, á un tiempo mismo cuerpo y espíritu, pertenece por el cuerpo al mundo exterior, y por el espíritu á un mundo mas elevado, que es el mundo espiritual; que si perece su cuerpo, no está sujeta su alma á la destruccion, pero que, destinada á la inmortalidad, será juzgada por Dios segun sus obras, porque sus obras son ejecutadas en virtud de una libertad moral que la hace responsable en el tribunal de la justicia suprema, y que así llegará dia en que Dios, despues de haber gobernado á los seres libres con una providencia justa, los recompensará ó los castigará con una irrecusable imparcialidad. En verdad, Señores, que esta doctrina es tan grande como verdadera, y los católicos la han honrado hasta llamarla algunas veces, al menos en el siglo último, con el nombre de *religion natural*. Y no obstante, de todas las doctrinas racionalistas es tal vez, considerada históricamente, la que ha tenido menos consistencia y vitalidad.

El deísmo, aun despues del Evangelio, que tanto ha ilustrado y fortificado las ideas, el deísmo es un sistema que jamás ha dado nacimiento á un cuerpo filosófico ó religioso. El siglo XVIII, lisonjeándose de sustituirlo á la doctrina católica, lo cuidó, lo adornó y pulió como á un niño mimado; y hoy, á pesar de tantas aclamaciones lanzadas sobre su cuna, está el deísmo de tal modo muerto, que no tiene ni un hombre de fama que le sirva. Hay panteístas, sansimonianos, furieristas, cualquier cosa; pero ¡deístas! ¿qué se quiere hacer de este hueso que nos dejó el último siglo como la parte mas bella de su herencia? Exceptuando los maestros de las ciencias y de las escuelas vivas, algunos ciudadanos honrados afirman aun la existencia del sér único, remunerador y vengador, especie de consuelo con que arrullan su conciencia, para no tener demasiado miedo al infierno en cuanto á sí mismos, sin destruirlo enteramente para los otros, especie de lecho acomodado á la talla de su virtud, resorte elástico y flojo que no liga nadie á nadie, y que deja pesar sobre el deísmo la acusacion de Bossuet, de no ser mas que un ateísmo disfrazado.

En segundo lugar, aunque solo la doctrina católica hubiese tenido un cuerpo de verdades, no conteniendo todas las demás sino una organizacion de errores, no explicaria este hecho su triunfo de unidad. Porque aunque haya sido criado el hombre para la verdad, que es su primer bien, sin embargo no tiene hácia ella un amor sin reparticion, porque ama tambien la ilusion; y si hubiese que decidir cuál es la mas fuerte de estas dos inclinaciones, no pienso que el error quedase inferior en la comparacion. La verdad se compra por medio de debates, el error no nos cuesta nada; caemos en él por nuestro propio peso, y es tan fácil formar con él agregaciones momentáneas de entendimientos, como difícil formar con la otra una verdadera unidad. No es, pues, en ningun caso resolver la cuestion, referirse á la potestad innata de lo verdadero. Lo verdadero es ocasion del litigio, el objeto que divide tanto como une.

Se dirá tal vez que si la verdad tomada en sí no explica suficientemente el misterio de la unidad, lo explica por uno de sus atributos, que es la luz, luz mas arrebatadora en el dogma católico que en ningun otro conjunto de concepciones. ¿Quién no ve al instante que esta observacion conduce á la falsedad? Porque lejos de tener la doctrina católica una luz aparente mas viva que ninguna otra, ofusca al contrario la vista del hombre por su misteriosa oscuridad, por una extraña profundidad que rompe al primer golpe el hilo natural

de nuestro entendimiento, como si quisiese derribarle con la audacia, mas bien que seducirle con su lucidez. ¡Qué fisonomía tan distinta y tan sencilla hay en el deísmo! ¡Qué mágica combinacion de dogmas necesarios, donde nada se revela y que parecen confundirse con el sentido comun; tanto su claridad atrae á sí la conviccion! Sin duda la doctrina católica, considerándola fuera de sí misma y por sus operaciones en el mundo, arroja en él un gran brillo; pero es un brillo de reflejo, una luz que no está en el centro, y que á pesar de su incontestable resplandor, tiene tambien sus sombras y sus dificultades. Convengo tambien en que en el foco mismo del dogma existe una luz latente de una eficacia admirable sobre el entendimiento, luego que ha penetrado en él; pero no penetra en él sino muy lentamente, y por el ejercicio de la virtud, aun mas que por el esfuerzo del pensamiento, y esta vista sublime del misterio no quita el velo que cubre sus ásperas proporciones.

Presumo que os ocurre otra idea. La doctrina católica, os habréis dicho, engendra la unidad pública de los entendimientos, porque ella sola procede por via de autoridad, mientras que las otras proceden por medio del libre exámen, y el libre exámen produce la division tan naturalmente como la autoridad produce la unidad.

Señores, solo veo una desgracia en esta explicacion, y es que el hecho de que parte es absolutamente falso. Toda doctrina, sin exceptuar una sola, procede por via de autoridad. Dejemos las teorías, Señores, las teorías son bellas en el papel; pero cuando se llega á la práctica, somos mandados por necesidades fatales. Todo hombre que obra quiere obrar, y por el solo hecho de quererlo, emplea, por mas que diga ó quiera, los medios necesarios para que no sea imposible é insensata su operacion. Ahora bien, toda doctrina se comunica por la palabra, es decir, por la enseñanza, y la enseñanza supone la autoridad del que enseña, la autoridad de la edad, del saber, de la elocuencia, la autoridad de la fe y de la afirmacion, la autoridad de la conquista, una autoridad tal que nadie se opone á ella sin peligro. ¿Cuál es pues la doctrina que mas se jacte del libre exámen, que no se dé como la verdad pura y única, y que aun se pueda producir sin el nombre soberano de la verdad? ¿Cuál es el filósofo, aunque sea el mas escéptico del mundo, que no mande desde lo alto de su cátedra? ¿Qué capitán hay á la cabeza de un regimiento de ideas, que no se plante con altivez delante de su batallon, y no le mande marchar á derecha ó á izquierda? Gracias á nuestro siglo, todos hemos oido á filósofos, y á filósofos de mas de

un género : ¿son pues tan poco dogmáticos? Los mas modestos ¿no declaran solemnemente que no existia aun ayer la verdad, y que solo desde el momento en que hablan, y ni un cuarto de hora antes, comienza la verdad, que descende del cielo, que se la ve, y que es preciso una horrible dosis de ceguedad para no reconocer que está en la cátedra de madera? ¿Acaso ha nacido en las escuelas de teología esta célebre y antigua frase : *Magister dixit*? Y si del racionalismo pasamos al protestantismo, que es la herejía mas hinchada con el orgullo del libre exámen, ¿encontraremos á Lutero y Calvino mas moderados en la afirmacion : á Calvino, que hacia quemar vivos á los que le contradecian; á Lutero, que amenazaba á los suyos de transubstanciar sus opiniones cuando le pareciese, y hacer de ellas cada vez dogmas sagrados?

Veamos lo que sucede hoy mismo en Alemania. ¿Dónde van esos enviados? ¿Para qué tanta gente á caballo en los caminos? ¿De qué se trata? Berlin se ha conmovido con la disolucion de los entendimientos en el vacío cada dia mayor del protestantismo; convoca á toda prisa, temiendo que mañana sea demasiado tarde, á las altas potencias que han permanecido fieles á la reforma del siglo XVI; abre un concilio á todas las lenguas que juran por el libre exámen. ¿Y para qué esto? ¡ay! ¿para qué? ¡Para derribar en tierra, si es posible, los restos de la fe comun; para colocarlos, si es aun posible, bajo la proteccion de un concordato cualquiera; para crear autoridad con independenciam, granito con polvo, unidad con una solemne desunion! Tal es la suerte : toda doctrina está pendiente de la autoridad, aun negándola; porque toda doctrina enseña, y toda enseñanza es una orden dada en nombre de la verdad. No hay duda que el escolar es libre de obedecer ó no, puesto que es una inteligencia; pero esta libertad no es privilegio de ninguna doctrina; todas tienen su beneficio y su peligro cuando enseñan realmente, y sobre todo la doctrina católica, que, siempre atacada, tiene la gloria de crearse hijos en el seno siempre fecundo de sus enemigos.

Pero aun cuando fuera cierto que solo la doctrina católica procede por via de autoridad, ¿qué se seguiria de aquí para la explicacion de la verdad que ella produce? ¿No veis que la afectacion de la autoridad es un peligro mas para su supremacia? La misma autoridad hace al hombre rebelde. Se le dice : Venid á nosotros, tenemos un jefe único, el papa, que gobierna toda la Iglesia de Dios. Y responde : Esto es precisamente lo que yo no quiero; yo no quiero un

hombre que sea mi papa; yo mismo soy mi papa. ¿Qué me importa la inteligencia que está en el Vaticano?

El misterio subsiste, Señores; aun no lo hemos explicado. Cualquiera que sea el encanto de la verdad, tiene contra sí el encanto del error; cualquiera que sea la abundancia de la luz, quedan bastantes nubes para oscurecerla; cualquiera que sea la autoridad, todos tienen una libertad dueña de la verdad, señora de la luz, señora de la autoridad. ¿Cómo, pues, se funda y subsiste la unidad pública de los entendimientos, esta unidad libre, de que á cada momento puede desprenderse cada una de sus hojas, de sus ramas, de sus troncos? Porque no son solamente las almas las que se escapan del ascendiente de la doctrina católica; ella pierde tambien á las naciones. La Inglaterra era católica, y ya no lo es; Dinamarca y Suecia eran católicas, y ya no lo son; el Oriente era católico, y ya no lo es. La historia de la unidad está llena de defecciones que la hacen ver suspendida sobre un abismo, y anunciándonos á todos, por mas firmes que seamos, que podemos perecer á nuestra vez. ¡Qué espectáculo! ¿Qué espanto no debe causar á todos los que tienen en este misterio una parte de accion, sea que la tengan por su clase ó por su talento! Pero ¿cuánto no debe atemorizar tambien á los que lo meditan rehusando entrar en él! Hé aquí que hay delante de nosotros ciento cincuenta millones de hombres, unidos en inteligencia y libres de no estarlo, que pueden á todas horas romper las haces de su unidad, y que no las rompen : ¿qué les detiene pues? ¿Cómo se realiza en medio de la division universal, á pesar del cambio de las cosas y de la sucesion de los hombres, tan admirable milagro de inmutabilidad? No podríamos explicároslo, Señores, sino por la existencia de dos fuerzas que se disputan el mundo; la fuerza cismática y la fuerza unitaria. No basta nombrárolas; debo describiros su naturaleza, y acabar así de ilustraros sobre este gran privilegio de la unidad reservada á la doctrina católica.

El primer elemento de la fuerza cismática es la esencia luminosa de nuestro entendimiento. Nuestro entendimiento es luz, y solo tiene relacion con la luz; siempre que se la presentéis irá derecho á ella, como se abren los ojos á la luz del dia y se abrevan con su claridad. Naturalmente y por sí, el entendimiento no busca mas que la luz, no conoce mas que la luz, y no descansa mas que en la luz. Ahora bien, ninguna doctrina de este mundo posee la luz total, ni aun la doctrina católica. En vano se lisonjearia de ello, y jamás se ha lisonjeado. Sí, ninguna doctrina da al entendimiento del hombre mas

que una cantidad de luz muy débil, incapaz de satisfacerle. Si así no fuera, no viviría el hombre en el mundo, viviría en los esplendores de Dios mismo; se hallaría sumergido en este horizonte infinito donde no tiene lugar la oscuridad, donde toda inteligencia, una vez introducida en él, cae de rodillas para no levantarse jamás, y se pone á cantar el cántico reservado á los espíritus de luz en la luz de Dios. Este es nuestro porvenir si lo merecemos, pero no es nuestra suerte actual. Al mismo tiempo que habitábamos con nuestros padres el paraíso de nuestra creación, cuando éramos jóvenes, bajo un cielo sin enojo, y cuando Dios descendía á hablar con nosotros como con amigos, en aquel mismo tiempo, en la primavera de nuestra alma y de nuestra felicidad, la luz no era aun nuestra morada ni la visión nuestra obra. Por próximo á nosotros que estuviese Dios, era un Dios oculto; le veíamos, para servirme de una expresión de la Escritura, por el agujero de una piedra y por la punta de su manto, visión feliz y cruel á un mismo tiempo; porque no es nuestro destino presentir, sino ver directamente la luz, verla sin sombra, sin límites, llena, entera, absoluta, verla como ella se ve, con una mirada en que no cesa la pestaña del ojo, porque está arrobada. Juzgad en la actualidad, en la hora en que estamos, si es capaz otra doctrina de darnos esta mirada, la única que agotaría la aspiración de nuestra alma hácia la verdad. ¿Que doctor nos lo prometerá? ¿Cuál osará decirnos, por ciego que sea por los recursos de su orgullo ó de su persuasión, que él, su palabra, su pensamiento, es la luz, y que toda rodilla debe doblarse ante ella, adorarla y no levantarse mas, como hacen los serafines en el cielo? ¡Ah! jamás, Señores, ha llegado hasta aquí la insolencia del genio; jamás ha podido disimular á ninguna inteligencia que se halla abierto un abismo, un profundo abismo, un abismo de tinieblas, sobre nuestras cabezas, bajo nuestros piés, á derecha é izquierda, al oriente, al occidente, al mediodía, al septentrion, por todas partes. Sí, nosotros habitamos las tinieblas, tinieblas entreabiertas aquí y allí por una avara claridad, donde se sumerge nuestra vista con un amargo é inmenso pesar de no avanzar mas lejos.

¡Y hé aquí como es necesario que os subyuguen las doctrinas! ¡Hé aquí lo que os llevamos nosotros á vosotros, hijos de la luz, estrellas del cielo, mas brillantes que el firmamento en las noches mas espléndidas del estío! Nosotros os traemos yo no sé qué antorcha cuyos trémulos resplandores agitamos sobre vosotros. Estos resplandores son ciertos, sin duda son irrecusables; pero ¡qué puerta abier-

ta á las resistencias del espíritu, qué facilidad para no obedecer, y tambien, por lo mismo, qué valor, en la obediencia y en la unidad, cuando llegan á prevalecer!

El segundo elemento de la fuerza cismática es el afecto del espíritu á las tinieblas. ¡Cosa maravillosa! Hemos sido criados por la luz, no amamos mas que á la luz, no somos cautivados mas que por la luz, y no obstante, por otra parte de nuestro sér, parte vil y vergonzosa, buscamos las tinieblas y las reunimos á placer á nuestro alrededor. Esto consiste en que habiéndonos rehusado desde arriba el día total, buscamos aquí bajo, en el horizonte mas próximo á la naturaleza física, un orden completo que satisfaga nuestro espíritu, no arrojándole esa mezcla de sombra y de claridad que nos es importuna. Nosotros creemos, reduciendo el espectáculo, agrandar nuestra vista; sacrificamos lo infinito á la esperanza de ver mas á nuestro placer lo finito, y buscamos la luz en las tinieblas. Hay no obstante otra causa menos honorífica de esta disposición del entendimiento humano, y el Evangelio nos lo ha revelado en estas palabras memorables: *La luz vino al mundo, y los hombres amaron mas las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas* (1). Existe en efecto entre la verdad y el deber, entre el orden metafísico y el orden moral, una relación que hace que las cuestiones del espíritu sean tambien cuestiones del corazón. Cada descubrimiento en Dios nos amenaza con una virtud, con un sacrificio del orgullo ó de los sentidos; la debilidad y las pasiones vienen en auxilio del error y hacen un peso terrible en la lucha de las inteligencias, lucha que ha llegado á ser la del bien y del mal. En esto es donde toma principalmente su punto de apoyo la fuerza cismática.

Halla tambien otro en el egoísmo intelectual, es decir, en cierta individualidad del entendimiento que es propia á cada uno de nosotros. Es cierto, Señores, que todos nosotros tenemos algo comun en la forma de nuestra inteligencia, como en la forma de nuestro cuerpo; no obstante, esta uniformidad no excluye las diferencias de fisonomía. Ningun entendimiento, así como ningun semblante, se asemeja perfectamente á otro; pensamos y sentimos de diverso modo, y por un egoísmo muy natural cada uno de nosotros atrae á sí todo el firmamento de las ideas, para labrarlo á su medida y fundirlo en su personalidad. De aquí una adhesión pueril á nuestros sentidos, una persuasión de que nuestro entendimiento es juez competente y

(1) S. Juan, cap. 3, vers. 19.